

po: ¡Yo también le amo! ¿Qué me importan a mí las riquezas si me basta con ser dueña de tu corazón.....?

—¡Qué es lo que he oído, Dios mío? ¡Qué! ¿Me ama Ud. señorita? ¿Me amas tú Elvira idolatrada?

—Sí, si te amo con todo mi corazón— contestó dulcemente la niña oprimiendo con su brazo fino y delicado el brazo de Marcelino para dirigirse al sitio donde se encontraban Gabriela y Carlos en íntima conversación

Como en aquel momento volviera a preludiar la orquesta un rítmico y cadencioso vals, varios jóvenes que no habían perdido de vista a la gentil Elvira, se acercaron para suplicarle les concediese el honor de bailar con ellos, pero ella, pretextando diversas causas, se negó rotunda y resueltamente a bailar con nadie que no fuese Marcelino, a quien en respuesta a la pregunta que le hiciera al dejarla en compañía de Gabriela, de si le concedería bailar con ella otra pieza, había dicho: «Con nadie bailaré más que contigo»

## CAPITULO DECIMO

### EL RIVAL

El baile había concluído. Los últimos invitados abandonaban el salón, dando el brazo a las damas, que se cubrían el rostro

con sus vistosas mantillas de seda, para guarecerse de la húmeda brisa de la madrugada

En el pórtico del edificio esperaban los automóviles en ordenada formación, entre los cuales sobresalía por su tamaño y brillante apariencia el del opulento señor X. padre de Elvira

Algunos jóvenes se habían estacionado en la puerta de salida para dar, según la costumbre, la última mirada a sus novias. Entre estos se hallaban Marcelino y Carlos esperando a la bella Elvira y a la espiritual Gabriela

De pronto se notó cierta animación en el grupo de personas que estaban tomando sus carruajes. Alguien, que absorbía la atención de todos debía estar dentro de un regio automóvil que acababa de hacer su aparición, porque a su interior se dirigían todas las miradas. En esos momentos pasaron frente a los jóvenes las dos señoritas que salían del brazo del señor X... saludándolos y despidiéndose con una dulce y expresiva mirada a tiempo que el lujoso coche que conducía al interesante personaje que causara la espectación de aquellas personas, se detenía frente al señor X. y a Elvira, que esperaban su coche

En medio de la mayor curiosidad de los espectadores, descendió al fin un personaje de género chico: un hombrecillo rechoncho, quien con la mayor ceremonia se descubrió en una profunda reverencia, tan profunda, que casi tocó las rodillas de Elvi-

ra con su resplandeciente calva, que brillaba tersa y lustrosa como si le hubiese dado barníz

Elvira, sonriendo con intención, volvió la cara hacia Marcelino y en la convencional telegrafía de los ojos, que solo los enamorados entienden, le dijo: ¿Qué te parece tu rival? ¿Verdad que me luciría yo exhibiendo un marido de esta clase?

El hombrecillo aquél no era otro en efecto, que el inglés con quien el señor X. se empeñaba en casar a su hija

Terminados los ceremoniosos saludos, el extranjero invitó a todos a que tomaran asiento en su auto. Subieron primero las señoritas y luego los caballeros. Cuando se hubo cerrado la portezuela, Elvira, inclinándose un poco hacia afuera, pudo aún enviarle a Marcelino su postrer mirada que éste tradujo:

¡Valor! Nada temas. Soy tuya!

El lacayo saltó a su asiento con ligereza de acróbata, el pesado y luciente armatoste se puso en movimiento, resoplando su humareda de gasolina, y echó a andar por las desiertas y bien alumbradas calles de la petrolera ciudad que dormía a esas horas.

Carlos y Marcelino se pusieron también en marcha. Apenas habían caminado unos cuantos pasos cuando Carlos, que iba cogido al brazo de Marcelino, sin poder contenerse, exclamó: ¡Rediez! ¿Sabes que es gracioso el tío ese con quien quieren casar a Elvira?

—¡Chist! calla, hombre, calla!

—Oye tú, y qué gracioso que se ve el tío ese tan regordete y tan calvo! ¡Recontra! ¡Valiente rival se te ha echado encima; cómo reiría yo de ese mamarracho si se viniera a mí como pretendiente de Gabriela, aunque tuviera más tesoros que Creso! Pues no tiene mala estampa el gran visir de Majalandrín.

¡¡Já, já, já, já!! Oye chico, pero que no te hace gracia el Mister ese?

—Marcelino, que desde hacía varias horas había sufrido una metamorfosis en todo su ser, que experimentaba una verdadera embriaguez de felicidad, no pudiendo ya reprimir el deseo de desahogar su inmensa alegría, soltó una carcajada, tan sonora y estrepitosa que Carlos, que jamás lo había visto reír así, se quedó estupefacto.

—¡Rediez! Pero ¿qué te pasa?

—Marcelino no hacía más que reír. . . .

¡já, já, já, já!!

Los pacíficos compañeros de dormitorio, gente también de trabajo, empezaron a protestar ruidosamente contra aquel barullo de trasnochadores que con el estrépito de sus carcajadas habían interrumpido su sueño al llegar.

Empezaron a llover sobre los recién llegados los adjetivos gruesos y las palabras duras, de las cuales maldito el caso que hacían los dos donceles, cuyo excelente estado de ánimo no habrían conseguido alterar ni los cañonazos.

¡Dormid, dormid, bienaventurados, se decidió al fin Carlos a contestar, y ay de aquel de vosotros que moleste a los dos hombres más felices que hay ahorita en el planeta! Nuestras novias nos han correspondido! Y tened presente, borricos, que nuestras novias son en el momento las dos mujeres más hermosas del mundo!

Y continuó la algarabía infernal, de risas y protestas, hasta que cada quien se hubo vuelto a dormir. Marcelino fué el último; se durmió pensando: efectivamente, soy el hombre más dichoso de la tierra. ¿Qué puedo envidiar yo a los reyes, a los potentados, a los poderosos? ¿No soy amado por la que había elegido y no es ésta, acaso, la mujer más linda del mundo?

## CAPITULO DECIMO PRIMERO

### LA VERDAD DE LAS COSAS.

Al día siguiente de aquel en que con suntuoso baile se cerrara con broche de oro la temporada del festival de caridad, y como a eso de las dos de la tarde, se hallaban tranquilamente departiendo en la terraza del elegante chalet, donde tomaban el café, el acaudalado señor X, y su huésped Mr. W. A. Simpson. La comida, a la cual no asistió la señorita Elvira por haber pretextado una fuerte jaqueca, había tenido muy bien poco atractivo para el extranjero, quien hubiéra-

se sentido muy feliz al encontrarse al lado de la jóven a quien desde hacía tiempo consideraba ya como su prometida, basado más bien en las promesas del padre de la jóven, que en las de ésta, pues aunque hacía ya tres meses que le declarara su deseo de hacerla su esposa, aún no había recibido ninguna respuesta de la jóven.

Habían terminado algunos asuntos de gran importancia para ellos, cuando el inglés con aquella frialdad peculiar de la raza, dijo al padre de Elvira: No creo que se ocultará a Ud., que uno de los principales, o por decir mejor, el principal asunto que me ha traído a Tampico, es el de precisar la fecha en que debe celebrarse el matrimonio entre su hija la señorita Elvira y yo.

El capitalista, que ya lo esperaba, contestó que creía haberlo adivinado, y que por su parte, estaba de acuerdo en que Elvira y él fueran quienes fijaran la fecha. Yo,—se apresuró a decir el inglés—siento infinito que la señorita se encuentre indispuesta, pues hubiera querido consultar con ella sobre la fijación de la fecha durante la comida. Tengo precisa urgencia de partir mañana aprovechando la salida del vapor Esperanza y no puedo menos de confesar a Ud., que quisiera apresurar este asunto por diversas razones, siendo quizá la primera, el deseo de apartar a Elvira de los galanteos de cierto empleado de comercio que según me informó el Señor Anderson, se encontraba en el baile y se mostró sumamente obsequioso y